

**LA GRAMÁTICA DEL HORIZONTE**

**FELIPE ANGEL**

PARÍS, OCTUBRE 1936

De todo esto yo soy el único que parte.  
De este banco me voy, de mis calzones,  
de mi gran situación, de mis acciones,  
de mi número hendido parte a parte,  
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos o al dar vuelta  
la extraña callejuela de la Luna,  
mi defunción se va, parte mi cuna,  
y, rodeada de gente, sola, suelta,  
mi semejanza humana dase vuelta  
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo  
se queda para hacer la coartada;  
mi zapato, su ojal, también su lodo  
y hasta el dobléz del codo  
de mi propia camisa abotonada.

César Vallejo

La botánica farmacéutica del Australopiteco es un *corpus* de conocimientos a la vez de tan grande envergadura como de específica multitud en variedad y detalle que no lo puede conservar toda la comunidad. La ineludible eficacia de esta especialización del conocimiento obliga a incluirla funcionalmente dentro de la estrategia adaptativa. Por eso, porque la botánica farmacéutica australopiteco acumuló un *corpus* de conocimientos esculpidos por la eficacia de su práctica social, uno tan minucioso y complejo que cada miembro de la comunidad no lo podía aprender debido al tiempo requerido en ello; debido a ello, digo, se especializó no sólo el saber sino el oficio. Es decir, se institucionalizó el conocimiento mediante la función social de una persona o de un grupo de personas. No es fácil darle de comer, entre toda la comunidad, a una persona o a un grupo cuyo día permanece dedicado a esa especialización, médico en este caso, el inicial. Persona especializada que, por lo tanto, no se procuraba su propio alimento. Los especialistas en un área del saber nacen en el Australopiteco y llegan hasta hoy. Así pues, la historia de la ciencia, la historia de la educación, la historia de la tecnología, para mencionar unas cuantas, comienzan con la hominización. Tanto el método de la ciencia como la especialización de los conocimientos, tanto la especificidad de la organización social derivada de ese conocimiento resguardado y avalado colectivamente, así como también estratificaciones derivadas de la función social que cumple cada saber y cada personas, además de las complejidades simbólicas y rituales que cohesionan las narrativas con los roles sociales, son inaugurados por el Australopiteco. Esta clase de adquisición, ordenamiento, utilización y transmisión de conocimientos verificables basados en la indagación de la naturaleza es el Método de la Ciencia. Es un método que atraviesa toda la historia homínida.

El especialista, que denomino Toto, ya sea australopiteco o posmoderno siempre ha procedido de la misma forma. Esto me lleva a llamar el Método del Toto a esa manera de proceder. El Método del Toto es la ciencia del australopiteco, la de hace 4 millones de años, la de hace tres millones de años, la de hace medio millón de años, la de hace cien mil, diez mil años o diez años, la de hoy y la de mañana. La ciencia nunca dejará de ser el Método del Toto.

Debo a André Leroi-Gourham, específicamente a su libro *Los Cazadores de la Prehistoria*, tanto el afecto al sujeto estudiado, Toto el especialista, como la intuición epistemológica, por decirlo así. Leroi-Gourham basa sus estudios en dos cuevas de Arcy-sur-Cure, cerca de París. Voy a tomar una de ellas, donde se encuentra Agustine. ¿Quién es Agustine? Así la introduce Leroi-Gourham: “Cuando descubrimos el primer fragmento de hombre musteriense, alguien de nuestro grupo tuvo la buena idea de bautizarle con el nombre de Agustine, para no tener que repetir todo el tiempo: ‘la porción de mandíbula de un paleoantropo muy antiguo de la capa 20 del área A9 de la cueva de la Hiena, en Arcy-sur-Cure’”. Ya tenemos a Agustine. Leroi-Gourham la trata con familiaridad, como pete con una ama de casa; incluso le reprocha no barrer bien los desechos del hogar. Son esos desechos los que voy a analizar a partir del Pitecántropos. ¿De verdad es mugre casera que no barrió una descuidada señora de un hogar musteriense? Los desechos, el mugre, la *basura* de la cueva de Arcy no son desperdicios domésticos encontrados allí debido a la pereza de un ama de casa, Agustine; son elementos de las investigaciones científicas de su marido, Toto, el especialista.

Toto comienza Australopitecos, pasa a Pitecántropos, se vuelve Neanderthal y después evoluciona en Sapiens Sapiens. Una vez Sapiens Sapiens dura por lo menos cuarenta mil años sin diferenciarse mucho del Neanderthal o del Cro Magnon, hasta poco antes de que se acabe la Glaciación de Würm, un tanto más de diez mil años. Hasta ese momento fuimos nómadas. Entonces el Sapiens Sapiens domestica la flora, el agua y la fauna y, amable lector, se vuelve químico, abogado, antropólogo, sacerdote, pintor, cirujano de la mano o del cerebro, novelista, biólogo, filósofo y, en fin, de todas las ramas actuales de los oficios y de los saberes. Toto es usted. Toto es cualquier persona que sepa un oficio, como mecánico automotriz, campesino, ama de casa que sabe mil recetas y teje o cualquiera graduado del colegio o de una universidad.

Toto, desde el confín humano de los tiempos, llega hasta nuestros días y seguirá mientras dure la presencia homínida. Lo analizo de manera uniforme a través de todas las épocas, siempre lo llamo Toto sin distinguir la época, porque usa el mismo método desde el Australopitecos. Ese método ha sido atribuido a los griegos. Por ejemplo Kant, en la Introducción de la *Crítica de la Razón Pura*, dice que Tales de Mileto construyó un Método en la cual "el camino que seguía no podía ya equivocarse, y la vía segura de una ciencia había sido descubierta y trazada para siempre y para distancias sin límites". Kant cae en el error de la Modernidad: pensar que los jonios, los griegos, son el inicio de la ciencia. El método viene desde el Australopitecos. Con él construimos casas, mitos, pobreza, imperios, poemas, cañones, vestidos y maneras de organizarnos como comunidad; con él traemos agua a nuestros hogares y sembramos lo que comemos; con él pisamos la piel de Selene, la Luna; con él una

máquina, un instrumento no tripulado, aterrizó en Marte y vimos imágenes reales de otro planeta.

Presentar la especialización de los saberes bajo el esquema de un solo individuo, Toto, tiene una posible desventaja. Sabemos lo proclives que son los días actuales para que Toto tienda a encerrarse en la práctica inmediata de su rama del conocimiento, sea la que fuere, antropólogo, campesino, pescador artesano, médico, ingeniero, filósofo, abogado, cirujano, conductor de taxi, mecánico, etc.. Toto, el Farmaceuta Australopitecos o Toto, el Cirujano Pitecántropos, tras cientos de miles de años mediante el mismo método, uno y otro, son el mismo especialista que, hoy por hoy, posa orgulloso como ingeniero de sistemas nacido a cien kilómetros de París, cerca de Arcy. Trabaja en una compañía de computadores para el Ariane, el cohete europeo que coloca satélites fuera de la biosfera, en el espacio exterior. Una crisis de identidad lo llevó a olvidar de dónde viene, a olvidar cuándo adquirió las características de la vida que lleva. Recordémosle a Toto, el especialista postmoderno, lo que la amnesia matematizada le quita, lo que la historia oficial de la Modernidad le oculta.

Como buen postmoderno es divorciado; recién divorciado. Once años atrás se casó cerca de su casa paterna, en una capilla de piedra, por las vecindades de Arcy. Todavía viven allí su ex esposa, Augustine, y sus hijos; él no, él se mudó a París. Desde enero del 2010 d.C. vive en la extraña callejuela de la Luna. ¿Será por eso que olvidó los 500.000 años que lleva en Arcy? En el cuarto piso de un edificio de cinco, Toto se levanta el 3 de febrero y lo primero que ve son las paredes y el techo de su pieza. En nada han progresado desde los Sedentarios. Hace cuatro o cinco mil años son iguales. El ladrillo es de los Sedentarios. El hierro

sobre el cual se hace el edificio también. Le aclaro a Toto que no escojo un edificio más alto porque implica el acero, un avance en los metales construido por la Modernidad. No hay que darle muchos datos a Toto, porque se aburre y deja de prestarme atención. Pero insisto y le comento que el Faro de Alejandría, que tenía 25 pisos, fue la edificación más alta hasta el siglo XIX, cuando se construyó el acero y los norteamericanos empezaron obras faraónicas, como el Empire State Building. Toto, el ingeniero de sistemas, sonrío. Le parece poca cosa. Se levanta de su cama. Se le aclara que su cama es idéntica a la de una persona en los Sedentarios. Exacta. Tiene la bobadita de cinco mil años. Bueno, sólo paso en ella ocho horas al día, piensa pero no lo dice. Supone que ser postmoderno consiste en no tratar de convencer a nadie de nada. Se acerca a la ventana. El vidrio es egipcio, miles de años antes de Jesús de Nazareth. Mira París. Oye, Toto, todos los edificios de esta parte de París son de cinco pisos, más o menos. O sea, de los Sedentarios. Y gran parte de Londres y de Madrid y de Roma.

Toto nos hace una mueca, no nos concede importancia y se va al baño. Hace sus necesidades fisiológicas como un mamífero saludable. El sistema de cañerías es un sucedáneo de la domesticación del agua de los Sedentarios. Los Jardines Colgantes de Babilonia existían gracias a un complejo sistema de cañerías. Se ducha, sin saber que es un acto basado en la domesticación del agua, construida durante los Sedentarios. Jabones, ungüentos, aceites, resinas, todas ya los usaban los Faraones. Las Termas de Caracalla aún subsisten en Roma. Los acueductos romanos cruzan regiones enteras de tierras lejanas, como en España. Los sistemas de riego sumerios todavía hoy se encuentran frecuentemente en los campos. Toto salió tiritando del frío. La calefacción no sirve. Varios templos la tuvieron, entre ellos el de Diana, construido por el ingenio de Teodoro, en el Siglo VI a.C.. Siglos

después, ya en Roma, Cicerón oía música en un órgano automático de vapor diseñado doscientos años antes por Ctesibio, el alejandrino. La caldera que hay en la base del edificio parisino, que le suministra calor a Toto, se ha dañado. Es la misma caldera desde hace cientos de miles de años. El fuego es una técnica del Pitecántropos. La calefacción es hija directa del fuego domesticado. El edificio entero es hijo del fuego domesticado. La calefacción del Templo de Diana tuvo fama de no dañarse, susurro al oído de Toto mientras procuro molestarlo lo menos posible con mis datos. El frío lo lleva a pensar con más valentía. Tal vez sí tengo una deuda con Arcy, se atreve a pensar Toto, el ingeniero de sistemas. ¿Y usted, amable lector?

Toto se viste rápido para quitarse el frío. El Pitecántropos ya se vestía con pieles de animales. Esto fue fundamental para adaptarse a climas distintos y volverse euriclimático. Es decir, apto para todos los climas y poder salirse del nicho, poder ejercer su carencia de nicho. No las telas pero sí los vestidos tejidos, como el que se pone Toto, son anteriores al Neolítico. El Sapiens Sapiens de la Edad del Reno, hace 30.000 años, tenía agujas de sílex para coser su indumentaria. El paso de los Sedentarios aportó casi todas las telas que conocemos, fuera de las sintéticas. La seda, por ejemplo, ya se conocía. El vestido de Toto es paleolítico en su confección y Sedentario en sus materiales. Las telas fueron una pasión en el año 2000 a.C., hace cuatro mil años. Creta suministraba telas finas a la cuenca del Mediterráneo.

Toto desayuna. Cereales, fruta y leche. Todos domesticados durante los Sedentarios. Y debido a que están domesticados, están en la mesa de Toto. Ya no le gusta nuestro análisis. Da una vuelta y nos da con su desdén en la tristeza. Ha desechado los datos como sistema de conocimiento. Se niega a aceptarlos. La única parte de su vida en la



cual acepta integralmente el Método del Toto es en la ingeniería de sistemas. Azota la puerta del apartamento. Le aclaro que es la misma puerta de los Sedentarios. Tiene cinco mil años. Baja por las escaleras, que ya supone de los Sedentarios. Está en lo cierto. La intuición empieza a buscarlo. Pero piensa que si hubiera bajado en ascensor se saldría de nuestro análisis. Pues no, Toto. El ascensor fue fundamental para construir las pirámides de Egipto. Y no ascensores para diez o veinte personas, como los actuales. Eran ascensores para piedras que pesan toneladas y para cientos de personas que las manejaban. Es distinto, replica Toto. *Tal vez*, no. El ascensor actual es una caja de hierro. O sea una caja con un material construido en los Sedentarios. El ascensor está sujeto a unas cuerdas de hierro, también de los Sedentarios. Si estas cuerdas fallan hay un resorte en el primer piso. También del hierro Sedentario.

Sale del edificio de los Sedentarios. Llega a su automóvil. Exclama feliz: “¡Ah, el carro, en un solo siglo inundó el planeta y cambió nuestras vidas!”. Abre la puerta de su vehículo. Esto es el encuentro de una llave de la Edad de Hierro con una puerta de la Edad de Hierro. Ambas de hierro o de un metal de los Sedentarios. Solo el acero es de la Modernidad. El carro de Toto es de metal o de vidrio, salvo lo que cubre con plástico o sus sucedáneos. Lo principal, me dice, son las llantas. Pero, pienso, el caucho que cubre la rueda del automóvil no es lo importante. Lo importante es la rueda. Es, también, de los Sedentarios. El carro de Toto, el ingeniero de sistemas, pasea sobre el petróleo, que fue el elemento no usado por la Antigüedad y que, unido al desconocimiento de la pólvora, la mantuvo dentro de unos límites de desarrollo tecnológico. La Antigüedad no buscó el carbón, por medio del cual la Modernidad llegó al petróleo, porque no lo necesitaba. Había domesticado a gran parte del Sapiens Sapiens. Lo llamamos

esclavitud. De no haber contado con la esclavitud como energía domesticada, es probable que la Antigüedad hubiera llegado al desarrollo tecnológico similar al actual. Tenían todos los conocimientos para ello. El carbón no es difícil de hallar. El carbón es, sin embargo y sin duda, de la Modernidad. Pero el uso cultural del carbón no es más que la continuación del Método del Toto con el cual el Australopitecos encontraba la flora y los materiales que necesitaba. No es más que el Método del Pitecántropos para hallar el sílex y domesticar el fuego. El mismo Método de los Sedentarios para hallar los metales.

Toto, el ingeniero de sistemas, está molesto. Se mira en el espejo del carro. Pasea la mano por su quijada recién afeitada y bien delineada, con un hoyuelo en la mitad, como la de Kirk Douglas. No quiere que comparen la suya con la quijada de Augustine. Con una mordida Augustine podía cortar en dos el fémur de un reno. Así de grande era su mandíbula. A Toto le parece exagerado que la comparen con su quijada. Deja de mirarte en el espejo de tu carro, como Narciso en el agua, y permíteme explicar el asunto. Primero, el espejo es egipcio, mi querido Toto. Segundo, los siguientes habitantes de Arcy, después de Augustine, fueron perdiendo gradualmente la quijada a medida que podían manejar los otros materiales con el fuego y el sílex. Los otros materiales como el fémur del reno. Ya no necesitaba la quijada grande y, por el contrario, se les dificultaba hablar. Y sin hablar bien se hacía más difícil desarrollar la Plataforma Cultural. “Ah, ¿c’est tout?”, exclama Toto pronunciando deliberadamente un perfecto francés. De todas maneras permanece escéptico. Es un postmoderno. Su actitud pasa por no dejarse convencer. Lo tiene como su más grande tesoro. Abre el vidrio de la ventana del carro. Pero, Toto, esto que has leído es un breve anecdotario, no destinado a convencerte sino a abrirte un poco los ojos. El resto del libro sí está destinado a convencerte. Es tuya la

decisión de permitir que los datos y los argumentos entren a tu vida, no sólo donde ya los permites, que es en tu profesión, la ingeniería de sistemas. O la abogacía, o la administración de empresas, o la docencia, o cualquiera que sea su profesión, amable lector, mi querido Toto.

Transita furioso por París, entra a la Vía Periférica. No advierte que va muy rápido y pasa la desviación por donde tenía que abandonar la Periférica. Da vueltas, se somete a la dictadura de los semáforos y, por fin, llega a su oficina, en la empresa que desarrolla computadores para el Ariane. Se toca con ternura y premeditación la quijada. Prende el computador. Después enciende un cigarrillo. Me mira con desdén. Piensa que me ha derrotado. Ah, Toto, Toto, permíteme disentir. Comencemos por tu cigarrillo. El fuego domesticado es una de las bases de lo humano, no sólo de la Modernidad. Sin el fuego domesticado ni el carbón ni el petróleo sirven. Pero el fuego domesticado es del Pithecanthropus. Los Sedentarios con el fuego domesticado construyeron los metales. La locomotora a vapor del siglo XIX, inicio de la prosperidad de la que disfrutas, es toda ella anterior a Tales de Mileto, salvo el carbón. La caldera, el metal, la domesticación del vapor, la rueda, la carrilera de hierro; el Fogón del Toto encendido que se transporta y transporta. Toda ella de los Sedentarios, salvo el hecho de que fuera necesaria. La esclavitud se terminará cuando las máquinas anden solas, predijo Aristóteles. La Antigüedad no desarrolló la locomotora, y por lo tanto todo el sistema de locomoción de la Modernidad, porque tenía esclavos para llevar las cosas a donde fuera. No la necesitaron. Y la necesidad, que aguza el ingenio, es la madre de todas las adaptaciones. La domesticación total de la biosfera es la obra de la Modernidad basada en el carbón moderno, en los griegos, los Sedentarios, el Neolítico, el Pitecántropos y el Australopitecos. Y tú, Toto, el Postmoderno, vienes a prender un cigarrillo con un fuego

domesticado, el encendedor, sobre una planta domesticada, el tabaco, como un hombre que no le debe nada al pasado.

La Modernidad construyó tu racionalidad sobre la base de que la biosfera es inagotable. Cuando comienzan los problemas ambientales y nos damos cuenta de que la biosfera global está por agotarse, se derrumba el platonismo inserto en la racionalidad moderna dentro de las ciencias humanas y se cuestiona la ética depredadora de las ciencias naturales vestidas de tecnología matematizada. Mientras la biosfera no nos pegó un puñetazo en la cara con los nudillos de su Némesis, con sus problemas ambientales, el esquema platónico estuvo seguro en su refugio kantiano, allí donde la Cultura se escinde tajantemente de la biosfera. Pero cuando los problemas ambientales afectan la estructura global de la biosfera, su ciclo de oxígeno o su ciclo de agua o la temperatura de la atmósfera, el esquema platónico deviene el mayor obstáculo que tenemos. Como la Cultura es una estrategia adaptativa, se encargará de poner las cosas en su sitio. ¿Cuál sitio? El sitio que la biosfera permita según lo humano propicie. Es esta época en que prendes tu cigarrillo con el fuego domesticado, que llamamos encendedor, sobre una planta domesticada, el tabaco, enrollada en otra planta domesticada convertida en papel de cigarrillo. Vives en medio del Herbolario Australopiteco, lo enciendes con el Fogón Pitecántropo, exhalas y no sabes que existen.

Te lo diré antes de explicártelo, mi querido Toto Postomoderno. La vida, de la cual evolucionó el Sapiens Sapiens, no estaba destinada a quedarse dentro de los cuatro o cinco nichos que hay en la Tierra. Va en búsqueda de otros nichos simplemente porque carece de nicho. Tú, como Ingeniero de Sistemas, eres la punta de lanza de esa búsqueda. Siempre es conveniente conocer las implicaciones de la ciencia a la que

uno le dedica la vida. Te veo orgulloso de tu lugar en la evolución homínida. Ah, qué pena. Debo informarte que el verdadero obstáculo para el viaje del Apolo XI resultó el mismo de todos los homínidos: encontrar un material lo suficientemente duro. En este caso lo suficientemente duro para construir la nave. Con tu ciencia se podía ir, aterrizar y empezar a volver, pero no entrar de nuevo en la atmósfera. Se necesita un material lo suficientemente resistente, no mejores computadores. En realidad el problema de fondo, que es un material que resista las temperaturas del incremento de la velocidad en un sitio donde no hay atmósfera que lo detenga, estaba ya analizado y previsto desde 1903, por K.E. Tsiolkowski, un ruso de la época zarista, el Toto ruso que resolvió casi todos los problemas astronáuticos fundamentales. Se me olvidó aclarar que, igualmente, lo que limita el avance de tu ciencia de los computadores radica en encontrar un material. Esta ha sido la manera en que se ha aplicado el Método del Toto desde los tiempos del Australopiteco. En esta ocasión se trata de un material, ya no más duro, sino que conduzca mejor la información. A hacer eso, a encontrar el material que queremos, mi querido ingeniero de sistemas, nos enseñó Toto, el Australopitecos. Ya usted sabrá si quiere que su ciencia avance o si prefiere no utilizar el Método del Australopitecos por no perjudicar el prestigio de su bien cuidada quijada.